

LEONILDE SERVOLO DE MEDEIROS*

DIMENSIONES DE LA LUCHA POR LA TIERRA
EN EL BRASIL CONTEMPORÁNEO Y
LA CONFORMACIÓN DE ESPACIOS PÚBLICOS**

EN LAS ÚLTIMAS dos décadas, profundas transformaciones marcaron a la sociedad brasileña. A lo largo de ese tiempo, el país se redemocratizó, se abrieron espacios de participación política y debate, diversas reivindicaciones afloraron en el espacio público y se constituyeron nuevas identidades políticas y organizaciones que se afirmaron como portavoces de demandas que se inscriben en un contexto de ampliación de derechos. Simultáneamente, crecieron los indicadores de desempleo y se intensificó el proceso de pauperización de poblaciones urbanas y rurales.

Más allá de las varias privaciones que la pobreza acarrea (siendo una de las más significativas, en el Brasil actual, el hambre endé-

* Profesora del Curso de Posgrado en Desarrollo, Agricultura y Sociedad (CPDA) de la Universidad Federal Rural de Río de Janeiro (UFRRJ). Becaria del Consejo Nacional de Desarrollo Científico y Tecnológico (CNPq) y de la Fundación de Amparo a la Investigación de Río de Janeiro. Apoyo a la Investigación, Programa Científicos de Nuestro Estado.

** Parte de las reflexiones presentes en este artículo se originan en la investigación en curso con apoyo de la FAPERJ, Programa Científicos de Nuestro Estado, y del CNPq. Traducido por Alcides Juvenal Ricotto.

mica), hay otras dimensiones de ese fenómeno a ser resaltadas. De acuerdo con Hannah Arendt, pobreza “más que privación, es un estado de constante carencia y aguda miseria, cuya ignominia consiste en su fuerza deshumanizante” (Arendt, 1988: 48). La pobreza, según esta autora, somete a los hombres al imperio absoluto de sus cuerpos, esto es, al imperio de la necesidad, lo cual permite a la autora llamar la atención sobre la incompatibilidad entre pobreza y libertad. Es en este contexto que ella inserta su análisis sobre la cuestión social, identificada con el surgimiento, en ocasión de la Revolución Francesa, de la multitud en el escenario de la política, provocando que la libertad se rindiese a la necesidad. Todavía según Arendt, correspondió a Marx la transformación de la cuestión social en una cuestión política, mostrando que la pobreza es un fenómeno político y no natural, una consecuencia de la violencia, más que de la escasez.

Intentando dialogar con las tesis de la autora, a partir de la observación de un conjunto de cambios recientes en el escenario brasileño, algunos bastante visibles, otros no tanto, este texto se propone reflexionar sobre uno de los aspectos de la pobreza en Brasil. Se trata de pensarla a partir de la discusión sobre el significado de la capacidad de determinados segmentos para romper con la “aguda carencia” a través de su entrada en la política como fuerza organizada, demandando derechos y buscando interlocución en el espacio público, entendido como espacio de los iguales.

Existen muchas señales en el medio rural brasileño que indican una revitalización y nuevas formas de aparecer de los “pobres”, explicitando una serie de carencias, pero también denunciando la exclusión, buscando producir una lectura de sus causas y proponiendo alternativas. Así, disputan valores, se articulan con propuestas de otros grupos, redefinen parcialmente lugares que les fueron atribuidos y, principalmente, disputan posibilidades de ser vistos y oídos, de negociar demandas y derechos, de ser reconocidos en el espacio público.

En este artículo, se busca señalar tanto la dimensión organizativa y espectacularizada de la lucha por la tierra, fundamental para imponer su reconocimiento, como su dimensión tensionadora, intentando entender esa lucha en algunos de sus meandros y en los conflictos existentes entre las propuestas de las organizaciones, el Estado y el cotidiano de los trabajadores. Se pretende así señalar las tensiones entre los efectos macro políticos de la lucha por la tierra y las dinámicas locales, ellas mismas producto de la eficacia de una determinada forma de demandar.

LAS FORMAS DE LUCHA POR LA TIERRA EN LA HISTORIA RECIENTE BRASILEÑA

Para entender algunas de las dimensiones de la lucha por la tierra en el Brasil contemporáneo es preciso recurrir a la historicidad de los personajes de esa lucha, la diversidad de sus inserciones y experiencias sociales (Thompson, 1987), la trayectoria de sus organizaciones y las potencialidades del reconocimiento de su presencia en la esfera pública y por parte del Estado, por medio de canales específicos de interlocución, la generación de políticas públicas dirigidas a ellos y la expansión y/o constitución de instituciones que pasan a ser el espacio hacia donde se dirigen y son negociadas sus demandas. Es también crucial identificar qué nuevas concepciones se constituyen y se socializan a partir de la acción de esos grupos, sus principales mediaciones, los conflictos que revelan, en especial cuando emergen en la escena pública a través de movimientos sociales y, por lo tanto, asumen el carácter de “innovadores culturales” (Alexander, 1998)¹.

En los últimos cuarenta años, el campo brasileño pasó por una profunda modernización productiva: la agroindustrialización se consolidó, se adoptaron tecnologías de punta, la población rural se redujo drásticamente con relación a la urbana, el capital financiero se dirigió también hacia las inversiones agrarias, fortaleciendo la alianza entre capital y propiedad de la tierra que viene, desde un largo tiempo, marcando la historia del país. Los agronegocios prosperaron y el país consolidó su lugar en el comercio internacional como exportador de productos agrícolas. Otros intereses se configuraron en ese proceso, en una nueva amalgama entre capitales agrarios, industriales y financieros, pero, al contrario de lo que muchas previsiones indicaban a inicios de 1980, la lucha por la tierra se intensificó precisamente en las áreas más modernizadas, asumiendo formas diversas, trayendo a escena nuevos actores y demandas y

¹ En este texto, la categoría “movimientos sociales” está siendo usada para referirse a un objeto construido por el análisis, no coincidiendo con las formas empíricas de acción (Melucci, 2001: 33). Ese camino permite, por un lado, redimensionar el dilema que parte de la literatura ha señalado cuando opone “movimiento social” y “organización”, en la medida en que todo movimiento social tiene una dimensión organizativa, aun si es fluida, si bien no todas las organizaciones corresponden a movimientos sociales. Por otro lado, permite ampliar el espectro de la lectura posible de las acciones emprendidas, en la medida en que trae cuestiones relacionadas a nuevos temas y valores anunciados por los que están involucrados en los conflictos, abriendo puertas para que se puedan percibir cambios en curso, así como la compleja relación entre ellas y las concepciones habituales y arraigadas en el cotidiano de la lucha política.

transformándose, en algunas coyunturas, en un polarizador de las fuerzas políticas.

En una breve síntesis, es posible afirmar que, durante siglos, los conflictos agrarios en Brasil fueron extremadamente atomizados y, si bien recurrentes, poco visibles. Las referencias sobre ellos son dispersas y pocos son los estudios que abordan el tema². Noticias sueltas indican la presencia de *posseiros* resistiendo aisladamente la acción de los propietarios de tierras o de sus capataces, que intentaban expulsarlos de la tierra para consolidar el control sobre ella; o *colonos* y *moradores* cuestionando la quiebra de algunas relaciones habituales por parte de los *patrones*³. En algunas ocasiones, las reglas de aparcería y arrendamiento eran cuestionadas y la solución era la salida del trabajador de la propiedad. Todas esas situaciones muchas veces eran percibidas como injustas, generando descontento y revueltas (Moore Jr., 1987), pero generalmente no se traducían en la constitución de formas organizadas de protesta, ni tenían amplitud, ni encontraban mediaciones políticas que pudiesen ser sus portavoces en los espacios públicos. Excluidos de la visibilidad social y política, acababan por resolverse por la fuerza, por la acción de las milicias privadas de los estancieros.

Es solamente a fines de 1940 e inicios de 1950 que las diferentes formas de conflicto existentes en el medio rural brasileño, y que tenían en la disputa por la tierra uno de sus ejes centrales, comenzaron a unificarse mediante un lenguaje común, con la mediación del Partido Comunista Brasileño, consolidando las demandas por transformaciones en la estructura agraria y por derechos laborales. Como desdoblamiento de un esfuerzo más sistemático de convergencia entre los conflictos y las propuestas políticas que buscaban articular

2 Entre ellos, se destacan Motta (1998) y Lenharo (1986). Algunos movimientos como *Canudos* y *Contestado* recibieron mayor atención de los investigadores, la mayor parte de ellos atraídos por la dimensión religiosa de los conflictos o por la violencia de la represión que se desató sobre ellos.

3 *Posseiros* eran quienes hacían uso de un lote de tierra sin tener el título de propiedad. *Moradores* eran los trabajadores de las plantaciones de caña de azúcar. Al mismo tiempo que trabajaban en los cañaverales, tenían derecho a un pedazo de tierra donde podían producir para la subsistencia y criar pequeños animales. En las áreas de plantación de café, las relaciones de trabajo eran semejantes, pero los trabajadores eran llamados *colonos*, término también usado para designar a los inmigrantes europeos que vinieron a Brasil a fines del siglo XIX, con apoyo del Estado brasileño, y que se establecieron especialmente en el sur del país, en pequeños lotes de tierra (las *colonias*). Para mayores informaciones, ver Palmeira (1977), Stolcke (1986) y Martins (1981).

las luchas en el campo en torno a su ideario, ya en el final de los años cincuenta ganaron proyección las Ligas Agrarias del Nordeste. A pesar de las divergencias existentes entre esas dos organizaciones, en ese proceso comenzó a constituirse una identidad política –*campesino*– y la bandera “reforma agraria” se tornó la síntesis de sus luchas, no sólo movilizándolo a los trabajadores del campo, sino también pasando a ser uno de los eslabones de un conjunto de transformaciones demandadas por diversos segmentos que se movilaron en torno a la defensa de las llamadas “reformas de base”⁴. La propia iglesia católica buscó crear una versión propia de lo que debería ser una reforma agraria, en un esfuerzo por disputar propuestas y la dirección política de los trabajadores del campo con los sectores considerados a la izquierda del espectro político, y evitar la adhesión a las Ligas Agrarias, en el caso del Nordeste, así como a los emergentes sindicatos controlados por los comunistas, en los diferentes puntos de Brasil.

El golpe militar de 1964, y la ruptura institucional en que derivó, ahogó las demandas emergentes (de los trabajadores rurales y también de los urbanos); sin embargo, de alguna manera, garantizó la incorporación, por parte de los que asumieron el poder, de la preocupación por la modernización del campo y la expectativa de que, por medio de esta, fuesen eliminadas las fuentes de tensión social provenientes de la existencia del *latifundio*, entendido no sólo como una gran propiedad, sino como expresión de relaciones de poder, explotación y violencia (Novaes, 1997). No por casualidad, algunos meses después del golpe, el mismo Congreso Nacional que había bloqueado decenas de proyectos de reforma agraria aprobó el Estatuto de la Tierra, la primera ley orientada a reglamentar la reforma agraria en Brasil, y una enmienda constitucional que permitía no sólo el pago de las tierras expropiadas por interés social para fines de reforma agraria con títulos de la deuda pública, sino también la suspensión de la exigencia de que esa indemnización fuese previa. De esta manera se constituyó un camino legal para la viabilización de transformaciones en la estructura agraria. Llama la atención el hecho de que la prioridad para las expropiaciones se concentrara justamente en las áreas donde hubiese “tensión social”, indicando algunas de las preocupaciones centrales del nuevo gobierno.

4 Para un análisis de ese proceso, ver Grynszpan (1987), Medeiros (1995) y Novaes (1997), entre otros.

A pesar de esa innovación institucional, en un contexto de intensa represión y con frágiles canales que pudiesen dar expresión a las reivindicaciones de los trabajadores, la violencia, en especial aquella impulsada por los propietarios de tierras y sus milicias privadas, recayó sobre ellos, dificultando, es decir, no impidiendo totalmente, formas de resistencia al proceso de expropiación en curso⁵. Se consolidó la opción por la modernización tecnológica de la agricultura por medio de abundantes incentivos fiscales y crédito a los que quisiesen invertir en ella y a los que tuviesen interés en instalarse en áreas de frontera. Los mecanismos de financiamiento bancario fueron acompañados de un sistema de asistencia técnica que fue uno de los principales instrumentos de introducción de las innovaciones tecnológicas traducidas en la mecanización y quimificación de las actividades agrícolas, generando las condiciones para la ampliación de la conflictividad latente.

Como indican Palmeira y Leite (1998: 109), se dio curso entonces a un proceso de expropiación que, según los autores,

se trata menos del despojamiento de los trabajadores rurales de sus *medios de producción*, pues de estos, de alguna manera, ya habían sido o siempre estuvieron expropiados, que de su expropiación de relaciones sociales, por ellos vividas como *naturales*, que tornan viable su participación en la producción y sobre las cuales, por eso mismo, ejercen algún control que se traduce en un cierto *saber hacer*.

Esos mismos autores también insisten en que,

siendo un proceso que involucra lucha, la expropiación no tiene un resultado definido y, en determinadas circunstancias, la ruptura de las relaciones sociales tradicionales es la condición necesaria para que el trabajador dependiente se transforme en un campesino autónomo, aunque en condiciones precarias y por poco tiempo; como así también, por paradójico que pueda parecer, el acceso a la propiedad de una parcela de tierra puede ser, muchas veces, no lo previo a la expropiación, como en el caso anterior, sino la expresión de ella misma, al implicar la

⁵ A lo largo de los años setenta prácticamente no hubo provincia del país en que no se registrasen conflictos de tierras y resistencia de trabajadores. Se trataba de acciones localizadas, poco organizadas, pero que llegaban de alguna manera a los canales sindicales que las traducían en demandas por expropiación de las áreas de conflicto.

liquidación de la posibilidad de acceso del nuevo propietario al monte, a la leña, al agua, a pastos de uso colectivo, etc. (Palmeira y Leite, 1998: 112).

A pesar de la represión y la censura, a lo largo de 1970, dos veces trajeron algunas de esas situaciones a la escena pública: de una forma menos visible, la Confederación Nacional de los Trabajadores en la Agricultura (CONTAG); y, de forma más evidente, sectores de la iglesia católica vinculados a la Teología de la Liberación.

La CONTAG controlaba una extensa red sindical, diseminada en diversos puntos del país, en muchos casos dominada por el poder local y poco predispuesta a enfrentamientos con viejos y nuevos dueños de tierras. A pesar de esto, por medio de esa red, llegaban a ella muchas quejas y denuncias de trabajadores o grupos de trabajadores afectados por amenazas y presiones diversas para que abandonasen la tierra. El sistemático envío de informes de esas situaciones al gobierno nacional, acompañados de pedidos de expropiaciones por interés social, en los términos de la legislación vigente, no se desplegaba, salvo en casos puntuales, en formas de acción colectiva que garantizaran la permanencia de los trabajadores en la tierra. Eran raros los casos de intervención estatal sobre los conflictos que, generalmente, terminaban por provocar el abandono de la tierra⁶. A pesar de esa conducción “administrativa” de los conflictos y de su poca eficacia en términos de suspender desalojos y evitar la expulsión de trabajadores del interior de las haciendas, no se debe subestimar la porosidad de esos procedimientos y la capacidad que estos tuvieron de traducir los conflictos del campo al lenguaje de la reforma agraria, construyendo en el día a día la confluencia entre el deseo de acceso a la tierra, dando vitalidad a un ideal “campesino”, y una determinada forma de política pública, estructurada mediante una legislación específica. Poco a poco, se produjo entre dirigentes sindicales y segmentos de trabajadores una identificación entre reforma agraria y Estatuto de la Tierra, entre el deseo de tener tierra y la posibilidad de vislumbrar caminos para alcanzarla, reforzando la valorización del acceso a la tierra como forma de garantizar el sustento de la familia en contraposición a su uso especulativo.

⁶ Más específicamente, las políticas públicas funcionaban como inductoras del proceso de expropiación.

En lo que se refiere a la iglesia, la eficacia de su actuación residía en su capilaridad, en su poder institucional y en la enorme influencia que históricamente esa institución tiene en la sociedad brasileña. Como lo muestra Novaes (1997), el lugar jerárquico desde donde hablan los obispos les garantiza respeto y, al mismo tiempo, una relativa inmunidad, lo que permitió, en algunas diócesis donde había obispos alineados con la perspectiva de la Teología de la Liberación, un trabajo cotidiano y molecular de apoyo a la lucha, inicialmente de *posseiros* e indios, pero después de otros segmentos, como pequeños agricultores, afectados por represas, y asalariados. Paralelamente a su poder de denuncia y su posibilidad de suministrar recursos, no sólo simbólicos sino también materiales, para garantizar la infraestructura necesaria para encuentros y cursos destinados a estimular la organización de los trabajadores, la iglesia fue eficaz en la diseminación de una serie de concepciones que hacían de la tierra no una dádiva, sino un derecho. Así dio forma a la contraposición entre “tierra de trabajo” y “tierra de negocio” y también produjo una aguda crítica al modelo de acción sindical vigente, considerado “acomodado” y “conciliador”.

Por esos canales se difundió el cuestionamiento al carácter absoluto del derecho a la propiedad. Este pasó a ser visto como sujeto a determinados límites: el de la utilización productiva así como el del respeto a los derechos de los trabajadores. De esta forma, la propia definición constitucional de que la propiedad de la tierra debería cumplir una función social, y los términos de la ley que definía lo que sería esa función, pasaron a amalgamarse a las concepciones populares sobre derecho de acceso a la tierra, alimentándose mutuamente, ofreciendo un justificativo no sólo moral sino también jurídico a las resistencias que se diseminaban.

LAS NUEVAS FORMAS DE LUCHA POR LA TIERRA Y EL ORIGEN DEL MST

Es en este contexto de intensa represión, pero también de agitación de diferentes sectores de la sociedad en la búsqueda de canales que permitiesen la ampliación de las libertades políticas duramente cercenadas por el régimen militar, que se originó el Movimiento de los Trabajadores Rurales Sin Tierra (MST). Este surge como una novedad en términos de origen social de los participantes, propuestas de acción, formas de organización y, con el pasar del tiempo, propuestas políticas.

El origen de los *sin tierra*, como identidad política sedimentada por una compleja organización, se relaciona con diversos fenómenos que cristalizaron a lo largo de 1970. Un primer elemento a ser considerado es la existencia de una generalizada crisis de relaciones sociales, que se expresó, entre otras cosas, en la intensificación del proceso de pauperización y expropiación de los *pequeños productores*, en especial del sur del país, resultado de la modernización de la agricultura en la región y la consecuente elevación del precio de la tierra; en la adhesión a la mecanización y al uso de los insumos químicos generando deudas que no siempre pudieron ser saldadas; y en el incentivo al monocultivo de soja, sustituyendo a los tradicionales policultivos de las áreas *coloniales* y debilitando a los productores con menor poder de competencia en un mercado cada vez más altamente competitivo. La identificación de causas y la percepción de alternativas para esa crisis fueron condiciones esenciales para que esa situación resultara en la constitución de un amplio movimiento social que reinstaló el tema de la tierra en el orden del día. Para esto, fue crucial el molecular trabajo de la iglesia, en especial la católica, y la crítica formulada por esta institución y por las emergentes *oposiciones* sindicales⁷ a la forma en que la lucha por la tierra y la demanda de reforma agraria fueran conducidas por el sindicalismo rural a lo largo de los años setenta⁸.

Las primeras acciones que preanunciaron la constitución de nuevas formas de demandar tierra se esbozaron alrededor de 1978, en un contexto de intensa represión: la ocupación de las haciendas Macali y Brillante en Rio Grande do Sul y el campamento de Encruzilhada Natalino, en la misma provincia. Fue a partir de esas ocupaciones, así como de la resistencia de poblaciones al desplazamiento forzado para la construcción de represas para la instalación de usinas hidroeléctricas, también en el sur del país⁹, que comenzó a emerger el MST como un movimiento social y una organización con

7 Sobre la importancia de las *oposiciones sindicales* rurales en Brasil, en especial en las disputas políticas de los años ochenta, ver Medeiros (1989) y Novaes (1997).

8 En algunas regiones del sur del país, donde era fuerte la presencia de descendientes de inmigrantes alemanes, también fue importante la acción de la iglesia luterana, que se alió a la católica actuando conjuntamente en la Comisión Pastoral de la Tierra (CPT).

9 La construcción de la represa de Itaipú, en la frontera con Argentina, implicó el desplazamiento de millares de agricultores, que acabaron por constituir, con apoyo de la CPT, que en la región congregaba a católicos y luteranos, el MASTRO (Movimiento de los Agricultores Sin Tierra del Oeste), una de las vertientes que desembocó, posteriormente, en el MST.

fines determinados. Sus acciones marcaron la escena política, innovando, en sus primeros momentos, principalmente en términos de repertorio de acciones, mediante la utilización de eventos de gran visibilidad pública y repercusión en los medios de comunicación (campamentos y ocupaciones de haciendas por un gran número de trabajadores, marchas, ocupaciones de edificios públicos).

Esas manifestaciones, poco usuales hasta entonces como parte del repertorio de acciones de las organizaciones de trabajadores rurales¹⁰, crearon hechos políticos y atrajeron la atención de la opinión pública, poniendo en debate el tema de la tierra, tornando explícitas las oposiciones y alianzas y un cierto reconocimiento político del tema, en un momento en que muchos defendían que la modernización tecnológica de las actividades agrícolas había eliminado la cuestión agraria de la agenda política. El proceso de redemocratización de Brasil en 1980 es inseparable de esa nueva presencia.

A lo largo de la década del ochenta, el movimiento se institucionalizó, constituyó una organización sólida y se expandió por todo el país, transponiendo las fronteras de las provincias donde se originó. Si bien en sus primeros tiempos estaba fuertemente enraizado en áreas *coloniales* de las provincias del sur de Brasil, y tenía como principal terreno para crecimiento pequeños productores expropiados, arrendatarios, etc., no era cuestionada la procedencia social de las personas que se sumaban, pudiendo ser trabajadores del campo o de la ciudad, estudiantes dispuestos a dar apoyo, intelectuales, etc. Se implantaron, inclusive en el norte y nordeste, tradicionales espacios de luchas de resistencia de *posseiros*, *moradores*, *foreiros*, y de luchas salariales de los cortadores de caña (*canavieiros*). Más que una cuestión geográfica, esa expansión significó una inversión en el reclutamiento de otros tipos de trabajadores, con experiencias diversas, que introdujeron nuevos matices a la demanda por la tierra. Así, si el MST es el centro de constitución de una nueva identidad política *-sin tierra-* (Navarro, 2002; Fernandes, 2000; Caldart, 2000), es preciso tener en cuenta que poco a poco esa identidad pasó a ser forjada a partir de una enorme multiplicidad de trayectorias y experiencias. En el caso de los trabajadores que reclamaban tierra para

10 En el período que antecedió al golpe militar, era común la llegada de trabajadores del campo a las ciudades para traer sus demandas. Sin embargo, campamentos y ocupaciones, en el sentido que ellos adquirieron en la década del ochenta, no eran usuales. Lo más habitual era el regreso de los trabajadores hacia las tierras de donde habían sido expulsados.

vivir, las trayectorias y experiencias, si bien puestas parcialmente en suspenso en los momentos de los campamentos y las ocupaciones, retornan cuando es retomada la cotidianeidad del trabajo en el asentamiento, momento en que los proyectos de vida son reorganizados y se imponen necesidades relacionadas a la reproducción de la familia, ahora sobre nuevas bases.

Otra novedad traída por el MST fue la dimensión organizativa, regida por principios distintos de los que tradicionalmente distinguieron a las organizaciones sindicales rurales: realizaban el reclutamiento de familias enteras (y no sólo de individuos) para sus acciones y no exigían afiliación o asociación formal con pago de contribuciones, etc., sino sólo participación en las diferentes actividades organizadas por el movimiento, como reuniones, cursos, campamentos, ocupaciones, marchas, manifestaciones, etc. A diferencia de la tradición sindical, que mantuvo a lo largo de los años una estructura presidencialista, el MST introdujo mecanismos de dirección bajo la responsabilidad de coordinaciones colegiadas, implicando una estructura menos formalizada y, al mismo tiempo, más ágil. Una rígida disciplina interna, un intenso trabajo de formación de cuadros, y criterios de reclutamiento y ascenso basados en la fidelidad a las directrices de la organización pasaron a garantizar, a su vez, una adhesión a sus principios fundadores, haciendo que algunos investigadores la consideren una entidad centralizada y autoritaria (Navarro, 2002).

A lo largo de su historia, el MST presentó algunos momentos de reflujo en función de contextos nacionales específicos o de coyunturas locales, pero, asimismo, fue progresivamente imponiéndose socialmente como portavoz de la demanda por reforma agraria en Brasil, definiéndola como un derecho, vinculándola, por un lado, a una interpretación de la legislación existente, y por otro, a la permanente acción movilizadora, buscando abrir espacios de negociación con los poderes públicos, inclusive en lo que se refiere a la disputa por recursos estatales, en líneas específicas de apoyo a la creación de agroindustrias, infraestructura en los asentamientos, educación, etc. Apuntaba, así, hacia un aprendizaje de procedimientos de negociación, de utilización de los espacios públicos, de diálogos multipartidarios, en una actuación que combinaba la negociación con la movilización y presión, asumiendo posturas próximas a las de organizaciones de intereses, tales como las analizadas por Offe (1989) cuando discute un conjunto de dilemas propios de las organizaciones de representación vinculadas al mundo del trabajo.

A partir de finales de los años ochenta y en la década del noventa, la acción del MST también se orientó hacia un trabajo cotidiano y molecular de actuación sobre los asentamientos, ya sea buscando intervenir en la esfera productiva (a través de la creación de cooperativas y pequeñas agroindustrias, por ejemplo), ya sea en la política, formando líderes y generando condiciones para la “liberación” de militantes para expandir la acción de la organización en otras regiones, e iniciando un trabajo de divulgación del movimiento en los medios de comunicación con el fin de legitimarlo frente a la opinión pública.

Teniendo control sobre un número importante de asentamientos realizados ya sea por el gobierno nacional, en el contexto de la Nueva República, ya sea por los gobiernos provinciales (en un momento en que era fuerte la presión sobre la tierra y la creación de asentamientos rendía dividendos políticos), al lema “ocupar y resistir”, que marcó los momentos iniciales de la formación del MST, se le agregó, al final de la década del ochenta, el término “producir”. En ese momento pasaron a ser estimuladas las formas de producción y comercialización a través de cooperativas administradas por los propios *asentados*; se realizó un esfuerzo para la introducción de la colectivización en la producción; se crearon marcas para identificar, en el proceso de comercialización, los productos de los asentamientos y, de esta forma, estimular un mercado solidario; y se establecieron rígidas reglas de conducta en el interior de esas unidades que, desobedecidas, podían resultar en puniciones severas, al límite de la amenaza con la pérdida de la tierra.

Además de ese aspecto de su intervención, el MST también invirtió en la formación de dirigentes. Los que se destacan en los campamentos y asentamientos, tanto por sus cualidades de líderes como por la fidelidad a las tesis y reglas del MST, son llamados para componer las coordinaciones regionales y/o estimulados a dedicarse a la organización de los trabajadores en otras regiones. Se inició, así, una migración singular que funciona como un difusor de las prácticas y concepciones del MST: es bastante común encontrar líderes provenientes de las provincias del sur en diferentes regiones del país, coordinando las acciones locales de los trabajadores¹¹. En ese proceso

11 El estudio de las tensiones generadas en ese proceso de “exportación de líderes” paralelamente a sus virtualidades en la difusión de determinadas utopías es un fértil campo de investigación, todavía muy poco transitado.

adquieren relevancia los cursos de formación política, involucrando tanto a líderes *de base*, cuanto a simpatizantes del movimiento.

Otro aspecto que ha singularizado al MST es su preocupación por la educación formal (escolarización básica, inversiones en la erradicación del analfabetismo entre los adultos) y tecnológica. Especial cuidado pasó a merecer la educación de los niños y jóvenes, así como su movilización para actos públicos, buscando tanto iniciar precozmente la formación de líderes, como exponer a la sociedad su preocupación por el destino de las nuevas generaciones.

A lo largo de su historia, el MST también buscó llevar la cuestión de la tierra hacia un público más amplio, buscando movilizar apoyos y fortalecer sus demandas. El lema del III Congreso Nacional de esa entidad, realizado al inicio de los años noventa, “Reforma agraria: esa lucha es de todos”, señalaba un esfuerzo en el sentido de mostrar los beneficios para la sociedad de una política de reforma agraria, buscando ampliar su campo de legitimación. Es en ese contexto que el MST realizó grandes manifestaciones públicas, como fue la Marcha Nacional por Reforma Agraria, Empleo y Justicia, en 1997. Las adhesiones al movimiento (como es el caso de estudiantes universitarios, para los cuales este ha ofrecido cursos de formación a través de encuentros específicos) amplían la propia identificación de *sin tierra* más allá de trabajadores que buscan un pedazo de tierra para vivir y producir, abarcando todo un conjunto de personas, de diferentes estratos sociales, pero que se presentan como disponibles para dar algún tipo de apoyo a los diferentes frentes de actividad.

Ese conjunto de concepciones y prácticas permitió que el MST se tornase en el principal portavoz de la lucha por la tierra en Brasil. En ese proceso, dio nuevos significados al tema de la reforma agraria, relacionándola con el derecho a la alimentación, la generación de empleos, la reducción de la violencia urbana, la demanda por un “nuevo modelo de desarrollo” y por una nueva matriz tecnológica¹². Progresivamente también produjo relaciones entre la cuestión de la tierra y otros temas más amplios, como la crítica a la siembra de pro-

12 En el inicio de los años ochenta, el MST apostaba a un modelo colectivista para los asentamientos, basándose en una producción tecnificada. Los años noventa fueron profundamente marcados por los debates que ocurrieron en diversos países, entre ellos Brasil, sobre la necesidad de una producción orientada hacia un modelo menos predatorio del medio ambiente. Hoy el MST adhiere claramente al modelo llamado por algunos agroecológico, que tiene como eje orientador formas de producción basadas en la agricultura familiar y tecnologías no agresivas para el medio ambiente.

ductos transgénicos, la afirmación del principio de la soberanía alimentaria, la participación de Brasil en acuerdos internacionales como el ALCA, la reforma urbana, etc. Con esto, retiró el debate sobre la reforma agraria de la esfera local y sectorial y pasó a relacionarla con cuestiones políticas y económicas más generales, pero que eran condición para su éxito y reclutaban adeptos más allá de aquellos sensibilizados por la llamada “cuestión agraria”. De ese tipo de concepción resultó su articulación con movimientos de carácter internacional, que le dieron proyección en todo el mundo¹³. Al mismo tiempo en que hacía esto, se enfrentaba con la dificultad de actuar en esas diferentes esferas, uniendo grandes cuestiones nacionales e internacionales con los dilemas cotidianos de *asentados* y *acampados*.

La ampliación geográfica y política de la acción del MST y la visibilidad que ganó a lo largo de las últimas décadas intensificó la competencia política con el sindicalismo de trabajadores rurales, tradicional portavoz en el plano nacional de la demanda por reforma agraria. Reconociendo que gran parte de lo que se había conseguido en términos de asentamientos en la década de 1980 había sido motivado por las ocupaciones de tierra, diversos sindicatos y federaciones de trabajadores se dispusieron también a incentivar ese tipo de acción, y no sólo a disputar recursos público-estatales para los asentamientos, sino además a intentar influenciar el diseño de la política de reforma agraria. Ganando espacios en la CONTAG, el sindicalismo *cutista*, en torno del cual se articularon las *oposiciones sindicales* de finales de los años setenta e inicios de los ochenta, pasó a centrarse más intensamente en las ocupaciones en diversas áreas, legitimando esa práctica y disputando también el derecho de hablar por los *sin tierra*¹⁴.

La multiplicación de los campamentos y ocupaciones, y su legitimación como forma de acción de los trabajadores en busca de tierra para vivir, representó un reconocimiento de la eficacia de esa forma

13 El caso más notorio es la participación del MST en la Vía Campesina, organización internacional que se constituyó a inicios de los años noventa y que ganó proyección por medio de los foros sociales mundiales. A su vez, la organización mantiene vínculos con diversas entidades que le garantizan apoyo financiero y respaldo político.

14 La expresión *sindicalismo cutista* identifica a un conjunto diverso de grupos y experiencias unificados, desde el inicio de los años ochenta, a través de la Central Única de los Trabajadores, inicialmente bajo la forma de una Secretaría y desde 1988 a través del Departamento Nacional de los Trabajadores Rurales y de Departamentos Provinciales de Trabajadores Rurales. El punto que unía las diferentes vertientes de ese sindicalismo era la crítica a las orientaciones políticas de la CONTAG.

de actuar, y un cierto consenso de que las ocupaciones eran necesarias para que las expropiaciones ocurriesen. Mezclando elementos de la cultura sindical consolidada con el nuevo momento de disputa por la representación de los que demandaban tierra, la entrega a las autoridades nacionales de listas de propiedades consideradas improductivas ha sido, desde entonces, un punto constante en las agendas de los “Gritos de la Tierra”, ciclo de movilizaciones anuales del movimiento sindical, con manifestaciones públicas en diversas provincias del país, siempre culminando con un gran acto en Brasilia. Poco a poco, las ocupaciones fueron ganando mayor peso en las acciones sindicales y, en diversas ocasiones, fue definido un “día nacional de ocupación de tierras” como parte del calendario de movilizaciones del “Grito de la Tierra”. Desde entonces, en algunas regiones, como es el caso de la Zona de la *Mata Pernambucana*, es intensa la disputa entre esas dos entidades¹⁵.

LOS ASENTAMIENTOS COMO ESPACIOS DE TENSION Y CONFLICTO

Como se ha señalado a lo largo de estas páginas, el público efectivamente movilizado para la lucha por la tierra, ya sea por el MST, el sindicalismo o las organizaciones de carácter más localizado que proliferaron en la década del noventa, es bastante diversificado y portador de experiencias, proyectos de vida y estrategias familiares también bastante distintos, como la bibliografía sobre el tema ha mostrado. Son trabajadores que fueron en algún momento de sus vidas propietarios de tierra, pero la acabaron perdiendo; asalariados rurales ya expropiados, viviendo de trabajos eventuales y habitando las periferias de pequeñas y medianas ciudades del interior del país; aparceros y arrendatarios en busca de mayor seguridad y de un patrimonio; trabajadores apartados de las actividades agrícolas desde hace tiempo y que se disponen a volver a ellas llevados por la falta de perspectivas de empleo permanente en las ciudades y por el miedo a las condiciones de violencia propias de las periferias urbanas. Esas personas van a los campamentos o buscan un lugar en los asentamientos no sólo para volver a ser agricultores, sino también

15 Si bien el sindicalismo rural, en determinadas regiones, adhirió a las ocupaciones, no incorporó otros matices menos visibles, aunque cruciales, de la estrategia de consolidación del MST. Uno de los más significativos es la inversión en la producción en los asentamientos, para garantizar no sólo la supervivencia económica de los *asentados*, sino también su legitimación social y política.

para buscar seguridad, un lugar para vivir, un ingreso complementario a otras actividades que ejercen, etc. La literatura también ha señalado que la opción de acampar o de ocupar tierras no se realiza de forma aislada, movilizandoo individuos atomizados, ni es determinada por algo que se pueda llamar “conciencia política”. En esa decisión tienen importancia las redes de amistad, parentesco, religión, fidelidades políticas anteriores, etc., permitiendo que se supere una lectura simplista de las relaciones entre las personas, pretendidamente llevadas apenas por la racionalidad de los intereses y/o de la militancia.

Percibir ese encuentro de situaciones diferenciadas, la complejidad de las redes en que los *asentados* están inmersos, los proyectos distintos que conviven en un asentamiento, la existencia de grupos con lazos anteriores entre sí, es fundamental para que se preste atención a la densidad del proceso de construcción social que ahí tiene lugar y a los conflictos que emergen. La bibliografía pertinente ha mostrado que, en ese contexto, la propia hegemonía de las organizaciones presentes en el momento de los campamentos y ocupaciones es puesta a prueba, ya que no siempre las propuestas de los mediadores coinciden con los deseos que eclosionan en el interior de esas unidades. Lo mismo se puede decir de las directrices de la burocracia estatal, que busca crear un determinado modelo de productor pero no genera las condiciones adecuadas para su viabilización, ni percibe la complejidad de las relaciones involucradas en los procesos en curso en el plano micro social. En efecto, una mirada sobre lo cotidiano de los asentamientos muestra diversos órdenes de constreñimientos, dificultando que la utopía de la “nueva sociedad” propuesta por las organizaciones de representación sea alimentada de forma continua, teniendo que pasar por los problemas provocados por los conflictos derivados de la superposición de diferentes jerarquías de poder. No casualmente, la literatura sobre asentamientos es pródiga en el análisis de divergencias internas, gran parte de ellas fundadas en la resistencia de muchas familias a aceptar las nuevas reglas (tanto las de los organismos del Estado como las de las organizaciones de representación) que, muchas veces, se confrontan con las experiencias acumuladas anteriormente (Navarro, 2002; Brenneisen, 2001; Zimmermann, 1994).

Sin embargo, pese a las disputas entre propuestas distintas, el recurrente desencuentro entre las propuestas de las organizaciones y los deseos de los trabajadores involucrados en lo cotidiano, momento

de lucha por mantener la tierra, fueron múltiples los efectos de los asentamientos no sólo en el plano nacional, sino también, y tal vez principalmente, en el plano local. Si sacamos el lente de análisis del plano micro social y lo ajustamos para una mirada más general, verificamos que, tanto por su crecimiento numérico como por su visibilidad política, asentamientos y *asentados* se volvieron centros de una disputa en torno a la pertinencia de la reforma agraria, naturaleza de su público, perfil de las políticas públicas que deberían ser orientadas hacia esos núcleos, etc., además de alimentar polémicas sobre la importancia de lo que se viene discutiendo en el debate académico y político, como es el “desarrollo local y sustentable”. Las propias investigaciones no son inmunes a ese debate, siendo apropiadas por diferentes públicos y leídas bajo diferentes ópticas.

Uno de los aspectos cruciales en esas disputas es el número de asentamientos creados y su significado: los datos oficiales, presentados a continuación, muestran que en los últimos años hubo un visible crecimiento del número de familias asentadas, lo que se relaciona directamente con los períodos de mayor movilización, marcados por el crecimiento de la cantidad de campamentos, ocupaciones y actos públicos.

CUADRO 1
FAMILIAS ASENTADAS POR PERÍODOS DE GOBIERNO

Período	Familias asentadas
1964-1984 (régimen militar)	77.465
1985-1989 (gobierno de José Sarney)	83.687
1990-1992 (gobierno de Collor de Mello)	42.516
1993-1994 (gobierno de Itamar Franco)	14.365
1995-2002 (gobierno de Fernando Henrique Cardoso)*	579.733**
2003 (gobierno de Luiz Inácio Lula da Silva)	36.301

Fuente: INCRA/MDA (2004).

* Datos hasta septiembre de 2002.

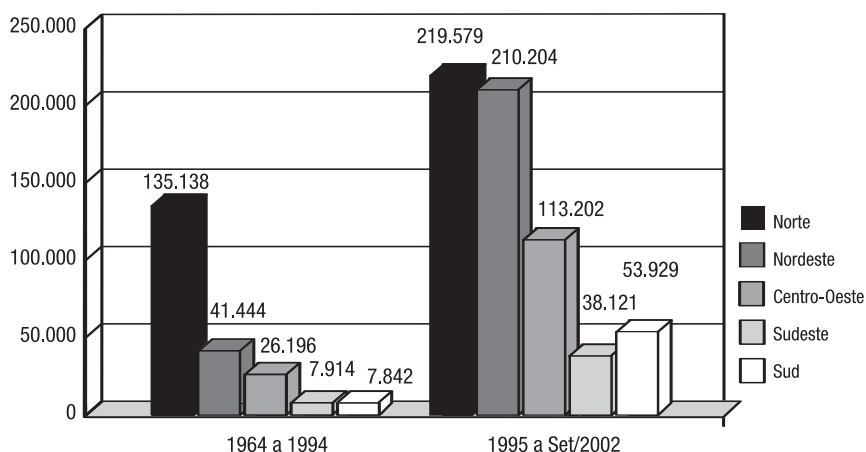
** Excluye familias que tuvieron acceso a la tierra por medio del “Banco de la Tierra” y Crédito Agrario, un total de 55.302.

Esos datos muchas veces fueron cuestionados por el MST, en especial los que se refieren al período del gobierno de Fernando Henrique Cardoso, ya que parte de lo que aparece contabilizado como “asentamiento” se refiere a inmuebles donde efectivamente todavía no fueron ubicadas familias, o a regularización de áreas de conflicto, tornando

viable la permanencia en la tierra de familias que estaban ahí desde hace mucho tiempo, en situación conflictiva, como *posseiros* o arrendatarios. Si ese procedimiento está acusado de “inflar” los datos gubernamentales sobre el número de asentamientos realizados, no se puede desconocer que el paso hacia la situación de *asentado* tiende a hacer desaparecer el conflicto y abre espacio para que los trabajadores pasen a tener derecho a recibir créditos, etc., produciéndose, consecuentemente, una nueva situación social y jurídica.

Los asentamientos fueron realizados en diversos puntos del país y distribuidos de forma diferenciada según las regiones. Como se puede observar en el gráfico que sigue, hay una acentuada concentración de asentamientos en la región norte, indicando la tendencia, que se mantiene a lo largo del tiempo, a realizar asentamientos en áreas de frontera, dentro del mismo espíritu que guió los proyectos de colonización de los años setenta. En la década de 1990, creció el número de familias asentadas en la región nordeste, fruto de la conjugación de dos factores: la crisis de los cultivos de exportación típicos de la región (caña de azúcar y cacao) y la entrada del MST, aprovechándose del potencial generado por la crisis para organizar familias para la ocupación de tierras. Como se puede observar, en la última mitad de los noventa hubo una sustancial multiplicación de los asentamientos en todas las regiones del país, como vimos, resultado de la fuerte presión ejercida por las ocupaciones y campamentos. Esa tendencia se mantuvo en 2003.

GRÁFICO 1
FAMILIAS ASENTADAS: DISTRIBUCIÓN POR REGIÓN



Fuente: INCRA (2004).

La distribución de los asentamientos es bastante irregular. Si bien hay áreas donde están bastante dispersos, hay otras de mayor concentración (sur de Pará, *Sertão* de Ceará, Zona Cañera Nordestina, entorno del Distrito Federal, sur y extremo sur de Bahía, Región de Pontal de Paranapanema paulista, oeste catarinense, norte de Rio Grande do Sul, etc.). En una reciente investigación sobre algunas de esas regiones, seleccionadas exactamente por presentar esas características de concentración, Heredia et al. llaman la atención sobre la importancia de ese fenómeno para la comprensión de la propia dinámica reciente de la lucha por la tierra en Brasil:

Las medidas que dieron como resultado la creación de los asentamientos del período democrático, sin estar orientadas a la realización de una reforma agraria “masiva”, como exigían los movimientos de trabajadores, sino adoptadas bajo presión de estos, fueron potenciadas por una cierta simultaneidad (“paquetes” de expropiaciones) y por su concentración en las regiones en que los movimientos actuaban, aun no abarcando necesariamente áreas contiguas. La percepción del éxito del camino adoptado estimuló a trabajadores de las cercanías a seguir en la misma línea, siendo realizadas nuevas expropiaciones, concentrándose los asentamientos en determinadas áreas y llevando a los movimientos a intentar repetir la experiencia en otras tantas. Así fueron surgiendo “áreas reformadas” *a posteriori* (Heredia et al., 2002: 77).

A pesar de esa peculiaridad, la creación de asentamientos no generó cambios en el cuadro de concentración de la propiedad agraria en el plano nacional, provincial, o en las regiones en que estos se insertan. Cuanto mucho, produjo alteraciones en municipios donde su concentración es mayor, como es el caso de algunas unidades administrativas del Pontal de Paranapanema, en San Pablo (Bergamasco et al., 2004). Y ese es otro tema que alimenta el debate político, ya que ni los asentamientos están sujetos a un planeamiento previo, siguiendo el ritmo de las presiones, ni consiguieron hasta el momento producir alteraciones agrarias de importancia. ¿Se trata de un proceso de reforma agraria en curso o de asentamientos creados para resolver situaciones puntuales (si bien numerosas) de conflictos agrarios?

Si no es posible clasificar la política de asentamientos rurales implantada en el país como un profundo proceso de reforma de la estructura agraria, no hay cómo negar que ellos vienen produciendo efectos diversos, tanto en el plano general como en el local.

DIMENSIONES LOCALES DE LOS ASENTAMIENTOS RURALES

La capacidad de producir para los mercados ha sido un importante argumento político respecto de la eficacia de la reforma agraria y la validez, en una situación de escasez de recursos, de invertir en tal tipo de política pública. Así, señalar la dificultad de los asentamientos para integrarse a la lógica mercantil ha sido uno de los argumentos predilectos de los que defienden la tesis de que estos representan un desperdicio de recursos.

A pesar de la precariedad con que se reproducen la gran mayoría de los asentamientos, marcados por la falta de infraestructura (caminos en condiciones inadecuadas para sacar la producción, dificultades de transportes, ausencia de energía eléctrica y de saneamiento básico, algunas veces dificultades de acceso a agua potable), poco acceso a la educación formal, precariedad en la asistencia técnica y en el apoyo a la producción, etc. (Bruno y Medeiros, 2001; Heredia et al., 2002; Medeiros y Leite, 2002), varias investigaciones también han señalado a esas unidades como espacios de producción, sociabilidad e intervención política (Heredia et al., 2002; Medeiros y Leite, 2002; Medeiros, Sousa y Alentejano, 2002; Martins, 2003), mostrando que la presencia de los asentamientos tiende a desencadenar procesos diversos de reorganización local. Las consideraciones que siguen se fundamentan en los resultados de esos trabajos.

Desde el punto de vista productivo, hay fuertes indicadores de que muchos asentamientos activan la vida económica en regiones antes estancadas, diversificando la producción, introduciendo nuevos cultivos, en especial cuando se trata de áreas tradicionales de monocultivos o de ganadería extensiva. Se genera allí una producción que, normalmente, no es contabilizada en las estadísticas, ya que es pequeña y no siempre pasa por mecanismos formales de comercialización, pero no por eso es menos importante cuando se presta atención a sus efectos en la activación y diversificación del comercio agrícola local, en el enriquecimiento de la dieta alimenticia, en la recomposición de suelos desgastados por el monocultivo o la ganadería.

Entre los productos cultivados, hay evidencias de que algunos son recurrentes en casi todos los asentamientos, como mandioca, poroto negro y maíz. Es también bastante común la cría de gallinas y de ganado bovino, este último para la producción de leche. Son productos que tienen múltiples funciones: alimentación de la familia, venta en los mercados locales y, en el caso de los productos agrícolas, alimentación de animales domésticos. La presencia de esas activida-

des agrícolas y ganaderas indica otro elemento constitutivo de los asentamientos: la garantía, en su interior, de la producción de por lo menos parte de lo que es necesario para la subsistencia, permitiendo una sensible mejoría en las condiciones de alimentación de las familias asentadas. Es más, ese es uno de los aspectos que los *asentados* siempre resaltan cuando son instados a comparar sus condiciones de vida antes y después del asentamiento. En muchos casos, a esos productos se agrega una producción de carácter más estrictamente comercial (algodón, caña de azúcar, ananá, soja, etcétera).

Pese al uso predominante de los canales tradicionales de comercialización, con la presencia frecuente de los *intermediarios*, que retienen la mayor parte de las ganancias, son diversas las experiencias de cooperativas de producción y comercialización que, en algunos casos, muestran mecanismos eficaces de garantía de mejores resultados económicos para los productores y de ejercicio de autogestión¹⁶.

La condición de *asentado* posibilitó a esa población, en la mayor parte de los casos por primera vez en la vida, el acceso a crédito para producción, por más que esa integración al mercado financiero esté marcada por un conjunto significativo de dificultades (trabas burocráticas, demora en el otorgamiento de los recursos, endeudamiento). El volumen de crédito movilizado en función de los asentamientos repercute en el comercio local, en especial en las pequeñas ciudades, dinamizándolo con el aumento de la demanda de instrumentos agrícolas, insumos, semillas, material de construcción, etcétera.

La otra dimensión de este proceso es que, llegados a los asentamientos, o garantizada la posesión de la tierra en áreas donde ya vivían pero bajo fuerte presión de los propietarios, los *asentados*, en general portadores de un pasado de pauperización y carencias, se tornaron bastante dependientes de los recursos públicos¹⁷. Ese hecho tiene consecuencias múltiples. Por un lado, su capacidad de presionar/negociar se torna fundamental para que esos recursos puedan ser destinados a los grupos y lleguen en el momento adecuado para viabilizar la siembra, construcción de infraestructura y otras actividades. Esto hace que

16 Esas cooperativas, como ya se ha señalado, han sido objeto de conflictos internos. Observando en especial las propuestas organizativas del MST a lo largo de los últimos quince años, se verifica una progresiva flexibilización del modelo original, bastante cuestionado por los asentados.

17 En el caso de períodos, a veces largos, de campamento, las familias muchas veces invierten lo poco que tienen en su supervivencia. Cuando tienen acceso a la tierra, ya no disponen de recursos para nuevas inversiones. Por más que no enfrenten los largos perí-

ese contingente se vuelva dependiente de las organizaciones involucradas con el asentamiento, dificultando rupturas radicales con ellas, a pesar de contextos de conflictos y divergencias. De esta forma, para las organizaciones involucradas en la lucha por la tierra (MST, sindicatos, etc.), invertir en las negociaciones y/o presiones políticas para viabilizar los *asentados* es también una condición para la continuidad de la propia lucha por la reforma agraria, tanto en el plano inmediato como en el de su justificación frente a la sociedad, teniendo en cuenta los costos financieros e inversiones políticas que ella representa. Por otro lado, los asentamientos se convierten en un espacio propicio para la reproducción de los tradicionales lazos clientelares con los políticos locales que entran en la disputa por traer “beneficios” a esas unidades.

Las investigaciones disponibles (Heredia et al., 2002; Medeiros y Leite, 2002; García Jr. et al., 2003) indican que los asentamientos se han convertido en una alternativa para un conjunto de personas que eligen el acceso a la tierra como posibilidad de vida y que tendrían escasas oportunidades de inserción en el mercado de trabajo formal: se trata de familias con escolaridad bastante baja o nula, descapitalizadas desde el punto de vista económico y cuya inserción en el mercado de trabajo, urbano o rural, encontraba serias dificultades.

Esa situación de precariedad implicó inclusive la ruptura de lazos familiares, ocasionando migración hacia otros municipios o regiones en busca de mejores oportunidades. Los asentamientos parecen estar actuando, en algunos casos, como mecanismos de recomposición de esas familias, contribuyendo a la reconstitución de lazos antes desechos o amenazados por la necesidad de migrar de hijos, padres, hermanos, en búsqueda de alternativas de supervivencia, y también actuando como una forma temporaria de amparo para familiares en situación precaria (Heredia et al., 2002). El movimiento generado por los asentamientos también ha dinamizado áreas antes en crisis, aumentando el flujo poblacional, generando la creación de distritos e inclusive de nuevos municipios (Medeiros y Leite, 2002).

Los asentamientos crean también oportunidades de trabajo agrícola y no agrícola. La implementación de los proyectos, de forma general, permitió, para una población que anteriormente vivía una inestable y precaria inserción en el mundo del trabajo, la centralización de

odos de campamento, las familias de *posseiros*, aparceros o arrendatarios también viven situaciones de privación intensa, motivadas por la propia disputa por la tierra, que se traducen en la destrucción de cultivos, dificultades de siembra, etcétera.

sus estrategias de reproducción familiar en el propio lote, en la mayoría de los casos recurriendo a otras fuentes de ingresos complementarias y trabajo fuera del mismo (pequeño comercio, construcción civil, trabajos domésticos, etc.)¹⁸. De esta forma, el ingreso de las familias es producto de una compleja combinación de diferentes contribuciones, siendo la proveniente de las actividades del lote la más importante la mayoría de las veces. Las situaciones estudiadas también ofrecen pistas para una reflexión más profunda sobre el significado de los asentamientos rurales, en especial en las áreas más urbanizadas, con disponibilidad de caminos y facilidad de transporte: más que recrear un modo campesino de vida, los asentamientos están caminando hacia formas de fusión entre actividades urbanas y rurales, agrícolas y no agrícolas, revelando estrategias de inserción en el mercado de productos y trabajo que se diferencian de una serie de idealizaciones corrientes sobre lo que significan los asentamientos rurales, y trayendo dificultades relacionadas tanto a muchas de las propuestas de sus organizaciones de representación como a la formulación de políticas públicas.

La mayor estabilidad y las posibilidades de reordenamiento de las estrategias de reproducción familiar, en general, resultaron en una mejora de las condiciones de vida de los *asentados*, aumentando su capacidad de consumo, no sólo de productos alimenticios, sino también de bienes en general, como ropa, calzado, muebles, electrodomésticos, etc. Con esto, acaban impulsando el comercio local, tendencia que se acentúa en los casos de elevada concentración de asentamientos. En general, las investigaciones indican una percepción, por parte de los *asentados*, de una mejora de sus condiciones de vida, pese a la precariedad del medio en que se insertan (Medeiros y Leite, 2002; Heredia et al., 2002).

En muchos lugares, los *asentados* consiguieron obtener el reconocimiento social y político ante los demás grupos sociales, superando una tensión que aparecía inicialmente, muchas veces marcada por la visión de que eran *forasteros* o *agitadores* (especialmente en las áreas donde los asentamientos fueron el resultado de campamentos y ocupaciones de tierra). También son comunes los testimonios sobre el

18 La investigación "Asentamientos rurales en perspectiva comparada: análisis de dimensiones económicas, sociales, políticas y ambientales", basada en el seguimiento de presupuestos familiares de cuatro asentamientos ubicados en la provincia de Río de Janeiro, presenta importantes contribuciones al respecto. Para mayores informaciones, ver García Jr. et al. (2003) y Leite (2004). Ver también Medeiros y Leite (2002). En ella llama la atención la importancia de los ingresos de la seguridad social (jubilaciones) en la composición del ingreso de los asentados.

sentido de lo que es ser *asentado*, principalmente en las áreas donde predominaron los monocultivos y las relaciones de poder que los caracterizan, acentuando la ruptura con la opresión que marcó el pasado reciente y que está fuertemente presente en su memoria. No pagar renta de la tierra, sentirse *libertado*, dueño de sus pasos y capacitado para controlar su vida, dejar de ser *esclavo*, fueron elementos recurrentes en los testimonios de los *asentados* de esas regiones cuando contrastaban el pasado con el presente.

Más allá de la mejoría en las condiciones de vida de los *asentados*, de una cierta dinamización económica local a través de la diversificación de la oferta de productos y del reconocimiento social y político de los *asentados*, las investigaciones citadas mostraron también que ellos pasaron, en alguna medida, a contar en el juego político local. De alguna manera, la experiencia de la lucha por la tierra y la organización que ella supone promovieron el encuentro entre trabajadores, a veces atomizados, y la lucha por derechos; produjeron líderes e impusieron nuevas iniciativas políticas. La constitución de un asentamiento (en diversos casos, de más de un asentamiento en el ámbito de un mismo municipio o región) tiende a introducir nuevos elementos y agentes sociales que ocasionan alteraciones en las relaciones de poder. Tratándose de áreas de conflicto agrario, ya sea involucrando resistencia u ocupación de tierras, el simple hecho de ocurrir una expropiación y su consecuente asentamiento significa el reconocimiento del conflicto por parte del Estado, que se concretiza en su intervención mediante expropiación. Con esto, ocurren cambios en las relaciones locales, visto que ella involucra grados diferenciados de negociación con el propietario que puede ser miembro o no de la elite local, pero que, de cualquier forma, resulta en una cuña que se inserta en las relaciones hasta entonces prevalecientes. Diversas agencias públicas, estatales o no, dirigidas a la implantación y viabilización del/ de los asentamiento/s, pasan a actuar en la región. La entrada de nuevos agentes y la reubicación de trabajadores, muchas veces de otros municipios, por si solas crean una disputa en torno de quién debe ser *asentado*, qué prioridades establecer, etc. Son diversas las menciones a situaciones en que, en el caso de una expropiación, los intendentes reivindican un lugar para los trabajadores sin tierra de su municipio. Con esa intervención, los lazos tradicionales de patronazgo muchas veces pueden ser cuestionados o reestructurados sobre nuevas bases, tornándose el asentamiento un espacio importante en el sentido de cuestionar su resistencia, promover su ruptura, crear nuevos lazos o, en algunas circunstancias, fortalecerlos.

En la bibliografía se relatan numerosos casos de *asentados* que disputaron cargos de concejales y hasta intendencias, que entraron en las disputas sindicales, que comenzaron a participar de consejos de diferentes tipos, como cooperativas locales, asociaciones, además de la condición, tratada anteriormente, de proyectarse como líderes del MST más allá del ámbito local. Actuar en estos espacios significa tener poder de hablar por y para los *asentados* y, consecuentemente, buscar ser oído/legitimado por ellos y por la sociedad. Es decir, son formadores de opinión que, de una u otra forma, tuvieron y tienen importancia fundamental en la constitución de los intereses de ese segmento social y en su reconocimiento social. Son cargos que representan también la posibilidad de disputar con estas mismas elites en torno de lo que quiere decir “estar del lado de los *asentados*” o, forzándolas a justificar sus posiciones contrarias, de traer el asentamiento hacia el centro del debate político local. Esto es particularmente visible en las áreas donde es fuerte la presencia del MST, por la capacidad que esta organización tiene de formar líderes y capacitarlos para el debate político y económico. Más específicamente, se puede decir que esta entidad es, ella misma, efecto de la constitución de los asentamientos.

Los asentamientos también alteran, en mayor o menor medida, las relaciones de poder local, especialmente en los municipios más pequeños, donde los *asentados* alcanzan mayor importancia relativa y donde la crisis económica ha mostrado facetas extremadamente perversas. En esas situaciones, el surgimiento de nuevos actores y la disputa política que se produce en torno a la representatividad poblacional (y electoral) de los *asentados* hacen que su presencia promueva reestructuraciones de relaciones que precisan ser mejor conocidas y discutidas. Estas reestructuraciones alcanzan inclusive áreas de agricultura familiar, que incorporan rápidamente algunas de las experiencias reivindicativas y organizativas de los asentamientos, tales como asociaciones y cooperativas.

En síntesis, la precariedad con relación a la infraestructura, aliada a las dificultades de establecimiento en la tierra y a aquellas más generales de reproducción de la agricultura familiar, y las disputas internas en torno a las directrices de las organizaciones de representación y mediaciones que ellas constituyen, hacen que la creación del asentamiento, en lugar de ser un punto final de un largo proceso de luchas, sea un punto de partida para nuevas demandas en pos de su viabilización económica y social. La nueva circunstancia obliga a los *asentados* a vivenciar experiencias que, en su situación de vida anterior, difi-

cilmente ocurrirían: organizarse, relacionarse con los poderes públicos, demandar, presionar, negociar; en fin, un amplio espectro de actividades que los colocan frente al ejercicio de la participación política.

Los elementos brevemente expuestos anteriormente indican que, pese a sus limitaciones, los asentamientos señalan una alteración sensible en diversos planos de la vida de las familias que se involucraron de alguna manera en luchas por la tierra. No por casualidad, a pesar de los riesgos que los rodean, los campamentos y las ocupaciones no cesan.

ASENTAMIENTOS RURALES, ESTADO Y RECONOCIMIENTO SOCIAL Y POLÍTICO

La emergencia de frecuentes e intensas movilizaciones en el campo en torno a la lucha por la tierra, involucrando diferentes segmentos, constituyendo nuevas identidades y nuevas organizaciones, afecta el aparato institucional-legal, produciendo el reconocimiento político de los conflictos y formas de actuar sobre ellos, buscando reorientar sus demandas, resemantisándolas y generando mecanismos para su encuadramiento (Offe, 1984; Tarrow, 1994). En el complejo juego político que de esta forma se va delineando, se disputan los significados y contenidos de las políticas públicas.

Desde el final de los años cincuenta, vienen verificándose sucesivos cambios de importancia y una legitimación de la lucha por la tierra y su traducción como “reforma agraria” en el interior de las instituciones estatales. Creación y extinción de ministerios y organismos propios para lidiar con el tema, proposición de legislaciones específicas, asignación de recursos presupuestarios para la creación de asentamientos, implementación de líneas de crédito específicas para ellos, son diferentes aspectos de la disputa en curso por reconocimiento político.

En ese contexto, donde los trabajadores pasan a identificarse políticamente como *sin tierra* y *asentados*, y aparecen como actores relevantes en el espacio público, capaces de crear hechos políticos significativos, proyectando formas organizativas y estrategias políticas distintas, se verifica la progresiva constitución de un nuevo diseño institucional, expresado no solamente en los cambios legales, sino también en la propia estructura del Estado y en el reconocimiento de la sociedad con relación a ellos.

Offe (1989), refiriéndose a las organizaciones de interés, afirma que ellas son, del punto de vista de las políticas públicas, un

problema a ser resuelto, debido a su poder de interferir en estas últimas de forma altamente antifuncional, pero que, al mismo tiempo, son absolutamente indispensables, porque son dueñas de un monopolio de informaciones relevantes y por su capacidad de controlar a sus miembros. Bajo esa óptica, al mismo tiempo que filtra y redefine las demandas, también las legitima y define los términos del debate en cuestión.

El proceso de constitución del grupo, si por un lado significa su entrada en el campo de disputas políticas a través de una identidad que afirma su especificidad, por otro lado significa su posibilidad de constituirse en aquello que Offe (1989) llama “poder social”, o sea, su capacidad de llevar demandas al espacio público y producir sanciones en caso de que ellas no sean atendidas, de legitimarse en el escenario político¹⁹. Significa además la percepción y definición de lo que puede ser calificado como legítimo de ser reivindicado en cada momento, de las formas que se consideren legítimas de ser usadas para conducir esas demandas y de los interlocutores privilegiados. La representación política, sin embargo, sólo funciona porque, por un lado, ella es percibida como identificada con las demandas del grupo y, por otro, porque se legitima cotidianamente a través de las prácticas y de la eficacia de su acción como portavoz, reiterando la legitimidad que le fue atribuida para hablar por el grupo. El supuesto aquí es que lo que aparece como demanda de un grupo (muchas veces reducido a la expresión “intereses”) no es inmanente a determinadas situaciones sociales, sino que es socialmente constituido y negociado a lo largo del tiempo (Bourdieu, 1989; Offe, 1989).

Bajo esta perspectiva, lo que está en juego es la propia legitimación de la acción sobre los conflictos de tierra frente a la sociedad: actuar sobre ellos a través de la represión o de la acción que la incorpora como reivindicación legítima, orientar recursos, recibir a las organizaciones que se declaran portavoces de las demandas de los trabajadores para conversar/negociar, son diferentes facetas del debate político.

19 En la medida en que tiene por referencia sindicatos obreros, Offe (1989) piensa esas sanciones principalmente en términos de huelga. En el caso en estudio, se trata de la posibilidad de hacer manifestaciones, movilizaciones, etc., que ponen en evidencia carencias y denuncian la acción del poder público. Es posible además levantar la hipótesis de que, en lo cotidiano de la vida de los asentamientos, esas sanciones se manifiesten a través de mecanismos como, por ejemplo, la compra de votos. En esos casos, los líderes se tornan blancos de disputa de las instituciones políticas locales, pudiendo constituirse en eslabones de reproducción de los tradicionales mecanismos clientelares.

Sus vicisitudes acabaron por producir también el reconocimiento y la legitimación del repertorio de acciones que se genera en esa disputa, haciendo de los campamentos y ocupaciones una forma de acción estimulada siempre que los gobiernos se muestren reticentes a la demanda por tierra, reproduciendo los ciclos de movilizaciones y así manteniendo el lugar de la lucha por la tierra en el imaginario social.

Así, las demandas también indican formas de percepción del mundo, inserciones sociales, experiencias acumuladas, proyectos de vida, concepciones de legitimidad; en fin, valores que pasan a ser difundidos a través del propio proceso de constitución y legitimación del grupo, produciendo nuevas concepciones para la sociedad y de la sociedad sobre los grupos. No se trata exactamente de “proyectos”, en el sentido de propuestas claramente delineadas, con estrategias definidas. En la expresión de Melucci, son ante todo señales, mensajes de algo que está naciendo, que indican transformaciones pero no explicitan su dirección²⁰.

Volviendo a las consideraciones de Arendt que abren este artículo, se puede pensar la lucha por la tierra en Brasil y sus desdoblamientos recientes, con todas las vicisitudes que la acompañan, como un esfuerzo de determinados segmentos de la sociedad para habilitarse como ciudadanos, en el sentido de ser vistos y oídos, de reivindicar derechos, entre ellos el de poder escapar al imperio de la necesidad.

Desde este punto de vista, cabe mirar los procesos que se verifican en el medio rural brasileño bajo una doble perspectiva: por un lado, el reconocimiento que la lucha por la tierra viene imponiendo; por otro, los conflictos cotidianos en el interior de los asentamientos, que revelan la vitalidad de ese universo que está siendo creado y que repone, en el día a día, los dilemas de la representación política, del secuestro de la palabra que a veces la acompaña. Es en esa complejidad que cabe situar las formas de acción que buscan superar las diversas formas de exclusión social presentes en la sociedad brasileña. Esa posibilidad abre camino para que se pueda pensar la lucha por la tierra, sin idealizaciones, como un espacio privilegiado para entender los procesos que avanzan hacia un cuestionamiento de la situación de pobreza como un fenómeno político, buscando su encuadramiento en un espacio también político.

20 De acuerdo con Melucci, “los movimientos contemporáneos son profetas del presente. No tienen la fuerza de los aparatos, sino la fuerza de la palabra. Anuncian el cambio posible, no para un futuro distante, sino para el presente de nuestra vida. Obligan al poder a tornarse visible y le dan, así, forma y rostro. Hablan una lengua que parece únicamente de ellos, pero dicen alguna cosa que los trasciende y, de este modo, hablan para todos” (Melucci, 2001: 21).

BIBLIOGRAFIA

- Alexander, Jeffrey 1998 “Ação coletiva, cultura e sociedade civil: secularização, atualização, inversão, revisão e deslocamento do modelo clássico dos movimentos sociais” em *Revista Brasileira de Ciências Sociais*, Nº 37, junho.
- Arendt, Hannah 1988 *Da revolução* (São Paulo/Brasília: Ática/UnB).
- Bergamasco, Sonia Maria et al. 2004 “A diversidade dos impactos locais e regionais dos assentamentos rurais em São Paulo” em Medeiros, Leonilde Servolo de e Leite, Sérgio (orgs.) *Assentamentos rurais, mudança social e dinâmica regional* (Rio de Janeiro: Mauad).
- Bourdieu, Pierre 1989 *O poder simbólico* (Rio de Janeiro/Lisboa: Bertrand Brasil/Difel).
- Brenneisen, Eliane 2001 *Relações de poder, dominação e resistência. O MST e os assentamentos rurais* (Cascavel: Edunioeste).
- Bruno, Regina e Medeiros, Leonilde Servolo de 2001 *Percentuais e causas das evasões nos assentamentos rurais* (Brasília: Convênio FAO/INCRA).
- Caldart, Roseli 2000 *Pedagogia do Movimento sem Terra* (Petrópolis: Vozes).
- Fernandes, Bernardo Mançano 2000 *A formação do MST no Brasil* (Petrópolis: Vozes).
- Garcia Jr., A.; Medeiros, L. S.; Gryszpan, M. e Leite, S. (coords.) 2003 *Assentamentos rurais em perspectiva comparada: uma análise das dimensões econômicas, sociais, históricas e ambientais* (Rio de Janeiro: CPDA-UFRRJ/CPDOC-FGV/CRBC-EHESS/UFF/FAPERJ/Fundação Ford) Relatório de Pesquisa em CD-ROM.
- Gryszpan, Mário 1987 “Mobilização camponesa e competição política no estado do Rio de Janeiro (1950-1964)” (Rio de Janeiro: PPGAS/MN/UFRRJ) mimeo.
- Heredia, Beatriz; Medeiros, Leonilde Servolo de; Palmeira, Moacir; Cintrão, Rosângela e Leite, Sérgio 2002 “Análise dos impactos da reforma agrária no Brasil” em *Estudos Sociedade e Agricultura* (CPDA/UFRRJ) Nº 18.
- INCRA/MDA 2004 <www.incra.gov.br>, acesso 15 de julho.
- Leite, Sérgio 2004 “Orçamentos familiares e estratégias econômicas em assentamentos rurais” em *Boletim NEAD. Notícias agrárias* (Brasília) Nº 224, 15 a 23 de março. Em <www.nead.org.br>.
- Lenharo, Alcir 1986 *Colonização e trabalho no Brasil: Amazônia, Nordeste e Centro-Oeste. Os anos 30* (Campinas: Unicamp).
- Martins, José de Sousa 1981 *Os camponeses e a política no Brasil* (Petrópolis: Vozes).
- Martins, José de Sousa (coord.) 2003 *Travessias. A vivência da reforma agrária nos assentamentos* (Porto Alegre: Universidade Federal do Rio Grande do Sul).
- Medeiros, Leonilde Servolo de 1989 *História dos movimentos sociais no campo* (Rio de Janeiro: Fase).
- Medeiros, Leonilde Servolo de 1995 “Lavradores, trabalhadores agrícolas, camponeses. Os comunistas e a constituição de classes no campo” (Campinas: Unicamp) mimeo.

- Medeiros, Leonilde Servolo de 1997 *Reforma do Estado: instâncias, conflitos e atores. O papel dos trabalhadores rurais* (Rio de Janeiro: CPDA/UFRRJ) Relatório de pesquisa.
- Medeiros, Leonilde Servolo de e Leite, Sérgio 2002 *Os impactos regionais dos assentamentos rurais: dimensões econômicas, políticas e sociais* (Rio de Janeiro: CPDA/UFRRJ) Relatório de pesquisa.
- Medeiros, L. S.; Sousa, I. C. e Alentejano, P. P. R. 2002 “Os efeitos políticos locais dos assentamentos rurais: reflexões a partir do estado do Rio de Janeiro” em Moreira, Roberto José e Carvalho Costa, Luiz Flávio de *Mundo rural e cultura* (Rio de Janeiro: Mauad).
- Melucci, Alberto 2001 *A invenção do presente. Movimentos sociais nas sociedades complexas* (Petrópolis: Vozes).
- Moore Jr., Barrington 1987 *Injustiça. As bases sociais da obediência e da revolta* (São Paulo: Brasiliense).
- Motta, Márcia Maria Menendes 1998 *Nas fronteiras do poder. Conflito e direito à terra no Brasil do século XIX* (Rio de Janeiro: Arquivo Público do Rio de Janeiro).
- Navarro, Zander 2002 “Mobilização sem emancipação. As lutas sociais dos sem terra no Brasil” em Sousa Santos, Boaventura de (org.) *Produzir para viver: os caminhos da produção não capitalista* (Rio de Janeiro: Civilização Brasileira).
- Novaes, Regina Célia R. 1997 *De corpo e alma. Catolicismo, classes sociais e conflitos no campo* (Rio de Janeiro: Graphia).
- Offe, Claus 1984 *Problemas estruturais do Estado capitalista* (Rio de Janeiro: Tempo Brasileiro).
- Offe, Claus 1989 *Capitalismo desorganizado* (São Paulo: Brasiliense).
- Palmeira, Moacir 1977 “Casa e trabalho: notas sobre as relações sociais na plantation tradicional” em *Contraponto* (Rio de Janeiro) Ano II, Nº 2.
- Palmeira, Moacir e Leite, Sérgio 1998 “Debates econômicos, processos sociais e lutas políticas” em Carvalho Costa, Luiz Flávio de e Santos, Raimundo (orgs.) *Política e reforma agrária* (Rio de Janeiro: Mauad).
- Sigaud, Lygia 2000 “A forma acampamento: notas a partir da versão pernambucana” em *Novos Estudos* (São Paulo: CEBRAP) Nº 58.
- Stolcke, Verena 1986 *Cafecultura. Homens, mulheres e capital (1850-1980)* (São Paulo: Brasiliense).
- Tarrow, Sidney 1994 *Power in movement. Social movements, collective action and politics* (Cambridge: Cambridge University Press).
- Thompson, Edward Palmer 1987 *A formação da classe operária inglesa* (Rio de Janeiro: Paz e Terra).
- Zimmermann, Neusa 1994 “Os desafios da organização interna de um assentamento rural” em Medeiros, Leonilde Servolo de et al. (orgs.) *Assentamentos rurais. Uma visão multidisciplinar* (São Paulo: Unesp).